

# CUADERNOS DE HISTORIA 59

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE - DICIEMBRE 2023: 51-75

---



## REPRESENTACIONES DE LA ESCRITURA EPISTOLAR FEMENINA EN EL MARCO DE LA EMIGRACIÓN EN MASA DESDE ASTURIAS (1880-1936)\*

*Laura Martínez Martín\*\**

**RESUMEN:** Este trabajo surge de la intersección de dos necesidades: la de incluir en el discurso histórico a los sujetos subalternos de la historia y la de prestar atención a las fuentes personales. Por ello, se pone el foco en las mujeres que protagonizaron las migraciones masivas de finales del siglo XIX y el primer tercio del XX, y en las cartas privadas que intercambiaron con sus seres queridos. Correspondencias con las cuales conocer las representaciones de la escritura epistolar a partir de la concepción de las cartas como “representación de una ausencia” así como “exhibición de la propia presencia”. No se olvida el papel jugado por estos egodocumentos como herramientas de representación de las mujeres en el marco migratorio.

**PALABRAS CLAVE:** Historia social de la cultura escrita, correspondencias privadas, migraciones contemporáneas, mujeres, Asturias-América, representaciones.

\* Esta investigación forma parte del proyecto de investigación PID2019-107881GB-I00, “Vox Populi. Espacios, prácticas y estrategias de visibilidad de las escrituras del margen en las épocas Moderna y Contemporánea/ Vox Populi. Spaces, Practices and Strategies of Visibility of Marginal Writing in the Early Modern and Modern Periods”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y la Agencia Estatal de Investigación de España.

\*\* Profesora Ayudante Doctor del Departamento de Historia y Filosofía en la Universidad de Alcalá. Doctora en Historia, Universidad de Alcalá. Alcalá, España. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-2515-4298>. Correo electrónico: [laura.martinezm@uah.es](mailto:laura.martinezm@uah.es)

*REPRESENTATIONS OF WOMEN'S EPISTOLARY WRITING IN THE  
FRAMEWORK OF MASS EMIGRATION FROM ASTURIAS (1880-1936)*

*ABSTRACT: This work arises from the intersection of two necessities: the need to include the subordinate subjects of history in the historical discourse and the need to pay attention to personal sources. Thus, the focus is on the women who took part in the mass migrations of the late nineteenth century and the first third of the twentieth century and on the private letters that they exchanged with their loved ones. Correspondences that help us to know the representations of epistolary writing from the conception of letters as "representation of an absence" as well as "exhibition of one's own presence". Without forgetting the role played by these egodocuments as representation tools of women in the migration context.*

*KEYWORDS: Social History of Written Culture, Private Correspondences, Contemporary Migrations, Women, Asturias-America, Representations.*

Recibido: 9 de noviembre de 2022

Aceptado: 8 de marzo de 2023

## *Introducción*

[...] yjo, este mes no tube carta tuia, no la tubo más que tu padre, será que se pierden. A mí me a molestia bastante, porque yo sí te digo qe no tengo más días buenos más que el día que tengo carta tuya, no te digo mentira, yo no tengo más distrayzon, es de mucha necesida el recibir las cratas, yo te escribo todos los coreos<sup>1</sup>.

En diciembre de 1920, María García escribió estas líneas a su hijo José Martínez, emigrado en La Habana. María, una alfabetizada con muchas limitaciones, con un discurso próximo a la oralidad y muy apegado a la lengua cotidiana, ajena a muchas de las normas que rigen el discurso escrito y la escritura epistolar, refleja a la perfección, con un lenguaje muy expresivo y descriptivo, la función

<sup>1</sup> Carta de María García Dosal (Calabrez, Ribadesella, Asturias) a su hijo José Martínez García (La Habana, Cuba), 16 de diciembre de 1920, Muséu del Pueblu d' Asturias (en adelante MPA), Familia Martínez González (Calabrez), s.s. En los fragmentos transcritos se ha actualizado la puntuación, la acentuación y la segmentación de palabras para ganar legibilidad. Dado que la organización territorial de Asturias se basa en los concejos, equivalentes a los municipios en otras regiones españolas, tras el nombre de las localidades asturianas citadas, se indica entre paréntesis el concejo al que esta pertenece.

y el valor esencial de las cartas, por encima de todo: comunicar. Aun con dificultades, María dedicó sus esfuerzos a manifestar la necesidad que tenía de recibir las cartas de su hijo, quien se encontraba a casi 7000 kilómetros de casa. Se lamentaba de que su marido sí había recibido correspondencia, que no sentía como suya, mientras que ella no dejaba pasar una salida de correo sin enviar una carta a su hijo. Fragmentos como este recuerdan el inmenso valor de las misivas en el contexto migratorio y en la época en la que se sitúa este trabajo, en la que las cartas eran la única vía segura para saber de los seres queridos, conocer su estado, el transcurrir de sus días y sentir que, como en este caso, a pesar de encontrarse en un nuevo destino, José no se había olvidado de su madre. Letras puestas sobre el papel como receptoras de sus afectos, representación de quienes estaban lejos y con los que pasaba sus días apenas unos meses antes.

Estas cartas privadas, que emigradas o emigrados, familiares y amigos intercambiaron entre Asturias y diferentes países americanos, son el eje de este artículo. Correspondencias custodiadas por el *Muséu del Pueblu d'Asturies* (MPA), situado en Gijón, que fueron escritas entre los años 70 del siglo XIX y 1936. Fuentes personales generadas en un contexto privado y nunca producidas para ser difundidas más allá del círculo familiar; escritas y recibidas por sujetos al margen de las estructuras de poder político, económico o social, cuyas vidas no estaba previsto que fuesen recordadas más allá de su familia y amigos. Cartas privadas que son una de las herramientas más importantes para acercarse a las experiencias y las vidas de los anónimos de la historia. Dentro de este grupo de gente común que protagonizó los movimientos migratorios masivos contemporáneos, se pone el foco en las mujeres.

Esta elección viene determinada porque, si ya la gente común ha sido generalmente orillada del discurso histórico, las mujeres han sido víctimas de un olvido aún más sistemático: por un lado, por su no preeminencia social; por otro, por la calificación del fenómeno migratorio como un proceso masculino que ha llevado, con frecuencia, a atender a los datos estadísticos que reflejan el porcentaje mayor de hombres que salieron desde España a América sin hacer otras lecturas; y, por último, las mujeres han sido relegadas en tanto que las tasas de analfabetismo femenino han sido tradicionalmente más altas que las masculinas y se les ha presupuesto tradicionalmente más alejadas del universo de la palabra escrita. Como ha señalado Claude-Rhéal Malary, durante mucho tiempo las mujeres han sido las subalternas dentro de los subalternos<sup>2</sup>, de ahí que resulte imprescindible intentar subvertir esta invisibilidad y recuperar

<sup>2</sup> Malary, 2004.

las voces de las protagonistas de los movimientos migratorios atañidos en la época histórica que enmarca esta investigación. Esta se centra en la figura de las mujeres que salieron de Asturias, pero conviene recordar, aunque sea a vuelapluma, que la emigración no solo afectó a quienes partieron, sino que las que quedaron también vieron sus vidas atravesadas por el hecho migratorio. Madres, esposas, hijas o hermanas, permanecieron al frente de sus hogares, responsables de la familia, al cargo de las tareas productivas y no productivas, del cuidado de ancianos y niños, encargadas de tomar decisiones sobre la gestión del patrimonio familiar.

De entre los múltiples interrogantes en torno a estas fuentes y a las mujeres como protagonistas de los intercambios epistolares, tanto en el rol de escribientes como en el de receptoras de estas misivas, incluso como objeto del relato recogido en ellas, hay un aspecto que merece ser atendido. Se trata del concepto de “representación”, de acuerdo con un análisis “charteriano” que ya planteó Verónica Sierra para desentrañar las prácticas epistolares de la Época Contemporánea desde los tres ejes propuestos por el profesor Chartier; es decir, desde los discursos, las prácticas y las representaciones<sup>3</sup>. Estas últimas son las que centrarán este trabajo, desde el doble sentido en el que lo hace Roger Chartier: el de carta como “representación de una ausencia” y, en paralelo, como “exhibición de la propia presencia”<sup>4</sup>. A ello le sumaremos una tercera mirada en relación con las cartas de mujeres, y es la de la “representación colectiva”, en este caso, femenina, entendiendo esta como la representación que construyen las mujeres tanto sobre sí mismas como sobre el conjunto de mujeres, todo un abanico de idearios, imaginarios y reconstrucciones que se deslizan en sus misivas, fruto del momento histórico que les tocó vivir, la educación recibida y sus diversas trayectorias vitales<sup>5</sup>.

### *Mujeres migrantes en “masa”*

La emigración en masa contemporánea, si bien recogía una tendencia anterior, fue una etapa marcada por el aumento exponencial de las salidas desde España a América, se estima que entre 3,5 y 4 millones de personas partieron entre 1880 y 1930<sup>6</sup>. En algunas regiones, como Galicia o Asturias, casi cualquier persona tenía un emigrado en su entorno, lo que facilitaba los desplazamientos,

<sup>3</sup> Sierra Blas, 2015, p. 100.

<sup>4</sup> Chartier, 1992, p. 55.

<sup>5</sup> Chartier, 1997, p. 124.

<sup>6</sup> Alted, 2006, pp. 32-33.

ya que las familias y las redes de carácter microsociales, sostenidas por lazos de parentesco y de paisanaje, brindaban a quienes emigraban sustento anímico, emocional, económico y asistencial<sup>7</sup>. En este contingente migratorio se constata el predominio masculino, aunque una lectura entre líneas facilita detectar la presencia femenina. Habitualmente, las familias concebían la emigración de sus integrantes como una estrategia en pos de la prosperidad de un grupo conectado en el plano afectivo, en el solidario y en el económico. En su seno se decidía si los hijos e hijas iban a la escuela, las tareas de cada uno, sus opciones de futuro en función de las capacidades, el sexo o el puesto ocupado en la familia. Y entre estas posibilidades, en algunas zonas, en el horizonte de muchos y muchas jóvenes estaba emigrar.

Así ocurrió en Asturias, marco geográfico de este trabajo y que, después de Galicia, fue la región que más población aportó al conjunto de emigrantes españoles, unos 330 000 asturianos y asturianas salieron entre 1884 y 1930<sup>8</sup>. Durante el siglo XIX predominaron las salidas de hombres jóvenes, casi niños, en busca de un porvenir mejor o para eludir el servicio militar. Con el cambio de siglo se retrasó ligeramente la edad media y se incrementó la presencia femenina<sup>9</sup>, a veces oculta en la denominada “emigración familiar” que, con frecuencia, define los desplazamientos del siglo XX. Cuando ellas marchaban, sobre todo en la primera etapa masiva, eran las esposas reclamadas por sus maridos o aquellas que no tenían hermanos varones o si estos eran muy pequeños y así se lo exigía la familia<sup>10</sup>. En estos casos, se consideraba que su partida no afectaba tanto a las tareas agrícolas, reducían el consumo doméstico y mandaban a casa casi todo lo que ganaban<sup>11</sup>. Y, aunque es cierto que una parte se desplazó a América en un proceso de reagrupación familiar, con el paso de los años se incrementó el número de las que embarcaron solteras, impulsadas por el deseo de prosperar económicamente<sup>12</sup>.

Para los hombres se entendía que dejar el país de origen era una necesidad, pero la marcha de mujeres fue a veces juzgada como un abandono familiar, un comportamiento “antinatural” que amenazaba el “equilibrio familiar y social”<sup>13</sup>. Con todo, aunque en menor medida, ellas también emigraron. Los datos oscilan

<sup>7</sup> Martínez Martín, 2014.

<sup>8</sup> Anes y Álvarez de Castrillón, 2012, p. 27.

<sup>9</sup> Gómez Gómez, 2000, pp. 34-35 y pp. 106-110.

<sup>10</sup> Eiras Roel, 1993, p. 191.

<sup>11</sup> Soutelo Vázquez, 2009, p. 216.

<sup>12</sup> García Galán, 2011, p. 190.

<sup>13</sup> Molinari, 2001, p. 253.

ligeramente, pero se estima que en la década de 1885 a 1895, en torno al 23-26% eran mujeres, mientras que hacia los años 1920 este porcentaje se situó entre el 30 y el 40%<sup>14</sup>. En Galicia, con una realidad social similar a la asturiana, la participación femenina en las migraciones transoceánicas se duplicó entre 1887 y 1930, pasando del 18% al 41% en este período<sup>15</sup>. No obstante, como señala José C. Moya, conviene revisar las estadísticas con cautela y atender a otros parámetros por las características de los desplazamientos de hombres y mujeres. En los primeros, se detectan más viajes a España para luego volver al destino migratorio, re-emigraciones incluidas en las estadísticas oficiales como nuevas, mientras que entre ellas las tasas de asentamiento en destino eran más altas<sup>16</sup>.

Gracias al trabajo durante años con estas correspondencias, es posible añadir aquí algunos datos que, sin ser absolutos, sí apuntan tendencias. Sobre un corpus de 300 misivas, en el que cerca del 70% fueron remitidas desde América, es posible atender a este aspecto, pues en el proceso de selección se tuvo en cuenta la representatividad por sexos. Del análisis de los fondos en función de este factor se extrae que, en las cartas remitidas desde Asturias la distribución es de un 49% de autores hombres y casi un 28% de mujeres y, a pesar de que son más los hombres escribientes, abundan “también las cartas con dos o más autores de diferente sexo, casi un 23%, lo que facilita la participación de las mujeres en los intercambios epistolares. Sin duda, el hecho de que fuesen textos elaborados en el seno familiar propició esta práctica de escritura colectiva”<sup>17</sup> reconocible en el contexto migratorio<sup>18</sup>. En las enviadas desde América, casi el 62% fueron escritas por hombres y cerca del 37% de mujeres y el exiguo porcentaje restante son las cartas con más de un autor o autora<sup>19</sup>. A pesar del predominio masculino, favorecido no solo por el factor migratorio sino por los mayores índices de alfabetización masculinos, las mujeres son un tercio de las remitentes, lo que corrobora una presencia más importante de la que muchas veces se les ha otorgado<sup>20</sup>. Afectadas de lleno por este fenómeno, tanto las

<sup>14</sup> Rodríguez Galdo, 2009, p. 27.

<sup>15</sup> Eiras Roel, 1993, *op. cit.*

<sup>16</sup> Moya, 2009, p. 105.

<sup>17</sup> Martínez Martín, 2019, p. 21.

<sup>18</sup> Aspecto analizado en detalle en Martínez Martín, 2016. Igualmente, documentado en otros contextos epistolares, como atestigua Sierra Blas, 2009, pp. 264-265.

<sup>19</sup> Martínez Martín, 2019, *op. cit.*, pp. 21-22.

<sup>20</sup> El analfabetismo en Asturias entre 1887 y 1930 arroja las siguientes cifras: en el año 1887, el 35% de los hombres y el 77% de las mujeres eran analfabetos; en 1900, el 30% de los hombres y el 67% de las mujeres; en 1910, el 20% de los hombres y el 43% de las mujeres; en 1920, el 24% de los hombres y el 40% de las mujeres; y en 1930, el 8% de los hombres y el 21% de las mujeres eran analfabetos respectivamente, Vilanova y Moreno, 1992, pp. 175-179.

que partieron a tierras americanas como las que permanecieron en Asturias, encontraron en las cartas el medio para dejar testimonio de lo vivido.

*La carta como “representación de una ausencia” y como “exhibición de la propia presencia”*

Con frecuencia, las misivas aquí concernidas se ajustan con precisión al concepto de la carta como representación, en la línea de Roger Chartier, quien expone que “la representación es el instrumento de un conocimiento mediato que hace ver un objeto ausente al sustituirlo por una ‘imagen’ capaz de volverlo a la memoria y de ‘pintarlo’ tal cual es”<sup>21</sup>. Este concepto, y de nuevo siguiendo la propuesta charteriana, posee un doble sentido y una doble función: la “representación de una ausencia” y la “exhibición de la propia presencia”, en tanto que existe otro que mira, o en este caso, que lee<sup>22</sup>. Como es sabido, las correspondencias han sido, a lo largo de la historia, herramientas de comunicación esenciales, incluso las personas menos familiarizadas con la palabra escrita han hecho uso de ella por diferentes vías. Las cartas, en este y en otros contextos, no solo servían para transmitir informaciones, sino que funcionaron como puentes, como instrumentos con los que mantener vivos los lazos afectivos y que los integrantes de una familia o una comunidad se reconociesen como tal y se identificasen. Y los migrantes y sus seres queridos fueron conscientes del valor de la actividad epistolar desde muy pronto, sabedores de que era la única y mejor vía para salvaguardar los vínculos y los compromisos adquiridos. Ante la distancia y la ausencia, las palabras que llegaban de quienes estaban lejos, se convirtieron en elementos por excelencia de la “representación de una ausencia” y la “exhibición de la propia presencia”.

La acepción de “representación de una ausencia” en la que la carta, en tanto que objeto contenedor de las letras de un padre o una madre, de un hijo o una hermana, se convierte en sustituto del otro, nos traslada directamente a una de las caracterizaciones clásicas de la misiva, el “diálogo entre ausentes”, que conecta con la existencia de un “doble pacto epistolar” entre autores y destinatarios como apuntó Claudio Guillén<sup>23</sup>. Este conlleva dos condiciones: en primer lugar, exige el reconocimiento de la “ausencia” que se nutre de la carta para sortear esa distancia, esa lejanía que la realidad ha impuesto; en segundo lugar, implica el reconocimiento, “tanto por parte del autor como del

<sup>21</sup> Chartier, 1992, *op. cit.*, pp. 57-58.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 55. Esta idea es deudora de los planteamientos de Louis Marin, a quien dedica Chartier, 1996.

<sup>23</sup> Guillén, 1998, p. 190; Sierra Blas, 2015, *op. cit.*, p. 113; Castillo Gómez, 2002, p. 102.

destinatario, de la posición del ‘otro’<sup>24</sup>. Así, el lector, el destinatario, “debe aceptar la vinculación del ‘yo textual’ con el de ‘yo del autor’<sup>25</sup>, de forma que entienda esta como imagen del autor real; además, desde el punto de vista de quien escribe, este tiene que asumir la existencia de un lector real, de un receptor de esas líneas, inevitablemente unido al “tú textual” de la carta para delimitar ante quién y cómo debe presentarse por escrito. Así, “el autor ve o puede ver como en filigrana a través de la carta la figura del lector empírico”<sup>26</sup>. En definitiva, las dos partes involucradas en la comunicación epistolar deben “consentir ambos desdoblamientos”, por lo que “los dos pactos se solapan y recubren desde el ángulo lo mismo de quien escribe que de quien lee”<sup>27</sup>.

Por el respeto a este pacto la carta asume el papel de “representación de la ausencia” y así, al recibir la misiva, abrirla y leerla, el destinatario siente de algún modo el reencuentro con el remitente ausente, que se hace presente a través de la carta y de su lectura. La carta traslada al destinatario múltiples rasgos del autor, desde su letra o su estilo de escritura, a los mensajes en ella contenidos, los afectos plasmados, las confidencias compartidas o los sobrentendidos propios de quienes se tratan con cercanía y comparten experiencias y recorridos vitales. La lectura de la misiva supone para el destinatario la transfiguración del objeto en la representación del ausente que se hace presente y provoca un amplio abanico de emociones y sensaciones en el lector.

Diferentes autoras de correspondencias migrantes brindan relatos para comprender a la perfección el rol de la misiva como representación de la ausencia. Por ejemplo, Anita García, residente en Santiago de Cuba, plasmó incesantemente las emociones que desataba en ella la llegada del correo desde su San Cristóbal natal (Avilés, Asturias). A pesar de ser una alfabetizada con algunas dificultades, fue prolija en la descripción de las sensaciones que experimentaba y en cada misiva a casa, las plasmó para que fuesen conocidas por sus seres queridos. Escribió en noviembre de 1931 a sus padres: “Me alegré mucho con tantas cartas de ustedes, de guelo, de Luisa y Manolín, y ahora acabo de recibir las que escribieron el día 17, me puse muy contenta porque no las esperaba tan pronto. Escribanme siempre que salga un correo que me alegro mucho, tengo las cartas debajo de la almuada y todo el día me estoy sentando en la

<sup>24</sup> Sierra Blas, 2015, *op. cit.*, p. 113.

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> Guillén, 1998, *op. cit.*, p. 189.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 190.



cama a leerlas [...]”<sup>28</sup>. Sus palabras evocan lo que suponía recibir carta, abrir un sobre y reconocer los trazos de los seres queridos que habían dedicado su tiempo y, en muchas ocasiones, su esfuerzo, a escribir unas líneas a la ausente, a quien se añoraba. Cartas leídas y releídas hasta memorizarlas y que se ponían en espacios tan privados como debajo de la almohada para sentir más cerca a quienes estaban a miles de kilómetros.

Esta necesidad de proximidad provocó que en este intercambio de correspondencias fuese un tópico especialmente reiterado el reclamo de las cartas. Ante la enorme distancia que separaba a los correspondientes y la dificultad del reencuentro, la única garantía de que todo iba bien era recibir unas líneas de los ausentes. Esta ansiedad se multiplicaba cuando faltaban las cartas desde algún punto de América para casa, pues aun tratándose de unos desplazamientos muy apoyados en las redes tejidas por el colectivo migrante, no dejaba de existir la posibilidad de que quien había marchado sufriese algún percance, enfermedad o incluso desapareciese y su familia y amigos quedasen con la incertidumbre de lo que ocurría. Igualmente, la justificación de un retraso o dejar pasar un correo sin remitir misiva fue un tópico habitual, momento aprovechado para pedir disculpas, ofrecer una excusa ante tal comportamiento y aprovechar para reafirmar los lazos que unían a remitente y destinatario, basados en el afecto y el deseo de mantener viva la comunicación. Así lo mostró Antonia M. de Albuerne, emigrada en Tuxtepec (México) junto a su marido José, en la misiva que escribió en 1927 a su cuñada Ángeles Albuerne (Cudillero, Asturias), en la que no solo se disculpaba y justificaba su silencio, sino que mostraba su preocupación por que el flujo epistolar de otros parientes no disminuyese:

Hasta que al fin mi querida hermana se llega el día en que te escribiera, pero no creas que es por falta de cariño ni de voluntad, es que yo siempre estoy achacosa, hasta escribir me hace daño, pues padesco de un dolor muy fuerte del lado izquierdo que se me hincha el brazo y parte del cuello [...]. José no te escribe porque no tiene tiempo, tiene mucho que hacer, pero ahora yo la voy hacer seguido, aunque sea dos letras. Ya le escribí a Alvarito regañándolo para que te escriba<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> Carta de Anita García (Santiago de Cuba, Cuba) a sus padres Aurelia González y Emilio García (San Cristóbal, Avilés, Asturias), 7 de diciembre de 1931, MPA, Familia González García (San Cristóbal), s.s.

<sup>29</sup> Carta de Antonia M. de Albuerne (Tuxtepec, México) a su cuñada Ángeles Albuerne (Cudillero, Asturias), 29 de septiembre de 1927, MPA, Familia Albuerne, s.s.

Como ya se ha apuntado, la carta también supone la “exhibición de la propia presencia”. Las correspondencias son uno de los documentos personales que, a pesar de contar con unas normas y una estructura reconocibles, permiten reconocer a sus autores y que estos, en función de sus competencias y capacidades, dejen huellas de sí sobre el papel. Una representación de uno mismo, “el mejor retrato de cada uno”<sup>30</sup>, determinado por una gran variedad de condicionantes, desde la competencia gráfica, al contexto, los medios disponibles, el tiempo, la propia personalidad del escribiente, sus circunstancias vitales... Los autores y autoras de cartas, incluso los menos versados, eran conscientes de que la forma en la que sus misivas eran presentadas ante los otros suponían una representación de sí mismos, como a la perfección describía también la manualística epistolar: “[...] las personas, escribiendo como tratadas, se hacen simpáticas o repulsivas, bastando para conocer a un individuo, lo mismo que si se le tratara íntimamente, leer sus cartas confidenciales, pues siempre hay algo del espíritu del que escribe en ellas”<sup>31</sup>.

Serían muchos los ejemplos con los que abordar estos aspectos, pero basten dos modalidades para plasmar esta “exhibición de la propia presencia” aquí planteada. En primer lugar, se situarían aquellas correspondencias en las que las escribientes son conscientes de que su misiva no se ciñe por completo a todas las convenciones y normas propias del género epistolar y dejan constancia de ello en su texto, sabedoras de que la apariencia de sus letras, el papel elegido o la misma disposición del texto sobre la página, lanzan un mensaje subliminal a su destinatario sobre ellas mismas. De acuerdo con la manualística, lo deseable es que se trazase con una letra clara y legible, para hacerse comprender sin esfuerzo, usando un lenguaje sencillo y natural, lejos de toda afectación. A ello se sumaba el respeto a las normas ortográficas y la exigencia de presentar el texto limpio, en el que no apareciesen tachones, borrones o correcciones. La atención a todos los aspectos relacionados con la compaginación aporta tanto valor expresivo y significativo como los aspectos alfabéticos y completaban la información<sup>32</sup>. La atención a todos estos elementos servía para dotar a los escritos de las formas adecuadas, que invitaban al destinatario a introducirse en la lectura y conseguir la correcta transmisión del contenido.

Las dificultades para adecuarse a la presentación recomendada en una carta podían venir marcadas por factores externos, desde el estado de ánimo al cansancio, pasando por la ausencia o mala calidad de los instrumentos y

<sup>30</sup> Castillo Gómez, 2005.

<sup>31</sup> *El arte de escribir cartas*, 1917, pp. 58-59.

<sup>32</sup> Sierra Blas, 2008, pp. 443-444; Sierra Blas, 2003, pp. 125-135.

soportes de escritura o la necesidad de concluir la escritura ante la inminente salida del correo: “[...] cada día se me dificulta más el escribir con calma por los niños, que ya son muchos y todos dan igual trabajo”<sup>33</sup>; “Dispensa los borrones y las faltas que ban, que como ya es la ora del tren boy muy deprisa”<sup>34</sup>. Pero existía otra realidad que claramente marcaba las formas en las que se presentaban los textos: la mayor o menor competencia escritora. Y en este caso las mujeres se veían más afectadas dado que, como ya se señaló, los niveles de analfabetismo o semianalfabetismo eran más elevados entre ellas y fueron muchas las que se acercaron a la escritura epistolar sin dominar completamente este lenguaje. Lo ejemplifica Ángela Suárez, quien se escribía desde Cancienes (Corvera de Asturias) con su amigo Manuel Suárez, emigrado en La Habana. El hecho de no tener una competencia gráfica completa no fue un impedimento para que Ángela tomase papel y pluma para escribir a su amigo, anteponiendo sus necesidades comunicativas, pero, consciente de sus limitaciones, no dudó en disculparse con su interlocutor por los errores cometidos: “Manolo seme olvidava el decirte quemedispesares porlomal escrito y por las falta quetiene tu ya saves queno etoy avezada acribir y pongo muchas falas [...]”<sup>35</sup>. Ángela es concedora de que las reglas elementales que definen la forma de la carta son modos de presentarse ante el otro, interpelarle, fijar los términos del encuentro. Ella, como casi todos los escribientes, parecían tener en mente que, como señaló Chartier, “las formas en las que [los textos] se ofrecen a la lectura, al oído o a la mirada, participan también en la construcción de su sentido”, puesto que los textos no existen fuera de los soportes en los que se dan a leer, por lo que los escribientes eran conscientes de que no solo comunicaban a través de sus palabras, sino que también lo hacían gracias a la presentación material que otorgaban a sus cartas<sup>36</sup>.

Incluso los casos de intercambios epistolares entre quienes se conocían bien, evidenciaban la trascendencia de estos aspectos que arrojaban información subliminal al destinatario, como atestigua la preocupación por el estado de salud de Elvira Rodríguez, emigrada en Rodas (Cuba), y que percibió su

<sup>33</sup> Carta de Laureana Rodríguez (Coyoacán, México) a su hermano Avelino Rodríguez (Barcia, Valdés), 27 de mayo de 1925, MPA, Familia Rodríguez (Barcia), A11/7-9.

<sup>34</sup> Carta de Piedad Alonso (Cancienes, Corvera de Asturias) a su primo Manuel Suárez Roza (La Habana, Cuba), 18 de julio de 1921, MPA, Familia Suárez Roza, A1/28.

<sup>35</sup> Carta de Ángela Suárez (Cancienes, Corvera de Asturias) a su amigo Manuel Suárez Roza (La Habana, Cuba), 19 de febrero de 1921, MPA, Familia Suárez Roza, A1/26-1. En esta ocasión el fragmento se ha transcrito respetando el original para reflejar mejor la competencia de la autora.

<sup>36</sup> Chartier, 2000, p. 243; Chartier, 1992, *op. cit.*, p. 55.

hermana, Laureana, solo por su escritura y narró en una carta a su hermano Avelino: “Ahora, últimamente, la noté tan nerviosa en el modo de escribir que hasta llegué a temer que se pusiese como muchas que vuelven a esa, de aquella tierra, medio trastornadas”<sup>37</sup>.

Máxima expresión de la “exhibición de la propia presencia” mediante el intercambio epistolar es la utilización de esta herramienta comunicativa para hacerse presente ante quienes no se conocen, un fenómeno no alejado del contexto migratorio. Sirva como ejemplo paradigmático el caso vivido en la familia Rodríguez (Barcia). Luisa contrajo matrimonio con Ramón Rodríguez cuando ambos estaban emigrados en Argentina, por lo que la joven no conocía a su familia política. Ante los miles de kilómetros que la separaban de ellos y ante la imposibilidad de viajar a Asturias, Luisa eligió la vía epistolar para hacerse presente. Qué mejor que una carta, correctamente escrita, que respetase las normas epistolares entendidas en toda su amplitud y que iban desde la misma materialidad a la relación entre el texto y la página o el uso de las fórmulas de cortesía adecuadas<sup>38</sup>, pero que también prestase atención a todas las convenciones sociales, las formalidades propias de una relación familiar que se estaba empezando a fraguar, sin olvidar el afecto y consideración que se debía mostrar a los mayores, para presentarse a unos suegros que no la conocían y la juzgarían por las informaciones que otros parientes o amigos enviasen sobre ella en sus cartas. Es tal la conciencia de la importancia de la imagen que proyecte de sí misma ante sus suegros que en la primera carta que Luisa les envió se esmeró en el cuidado de estos aspectos, en busca de ser del agrado de su nueva familia. Para empezar, se dirigió a ellos como “Queridos padres”, para reforzar la cercanía y el afecto, para seguir a continuación:

No sé la opinión que se habrán formado de mí al no recibir hasta ahora ninguna carta mía; cualquiera que esta fuera no deja de ser justa, aunque no por eso dejaba de recordarlos y ese silencio ha servido para acrecentar más mi cariño hacia Uds. y pueden tener la completa seguridad de que su hija y hermana los quiere de corazón.

Desde hoy les prometo que no pasará lo mismo, he de ser más atenta, es decir, he de saber cumplir con un deber sagrado hacia los seres más queridos que

<sup>37</sup> Carta de Laureana Rodríguez (Coyoacán, México) a su hermano Avelino Rodríguez (Barcia, Valdés), 27 de mayo de 1925, MPA, Familia Rodríguez (Barcia), A11/7-9.

<sup>38</sup> Castillo Gómez, 2005, *op. cit.*, p. 875.

son nuestros padres; ya que Ramón muchas veces no lo puede hacer por sus ocupaciones, yo loaré en su nombre<sup>39</sup>.

La remitente es totalmente consciente del valor de la escritura epistolar, no solo como herramienta comunicativa, sino que esta crea y consolida unos lazos afectivos y que los integrantes de un grupo se identifiquen como tal. De esta forma, Luisa se presenta como miembro de esta familia a la que accede por matrimonio, busca, a través de la escritura epistolar y todos los lenguajes poliédricos que esta contiene, conseguir el beneplácito de quienes se encuentran lejos y ante los que no tiene la posibilidad de presentarse personalmente, acercarse y que la conozcan, por lo que la misiva resulta ser su mejor vía de representación.

### *La carta como herramienta de “representación colectiva femenina”*

Una última mirada en torno al concepto de representación a través de las correspondencias es la que nos traslada a la “representación colectiva femenina”<sup>40</sup>. Como expone Chartier en relación con la perspectiva social “fija su atención sobre las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que construyen para cada clase, grupo o medio un ser-percibido constitutivo de su identidad”<sup>41</sup>. La variedad de significados del concepto “representación colectiva” desde su perspectiva sociológica, puede mostrar los símbolos y las conductas que tratan de hacer reconocible una identidad social<sup>42</sup>. Así, resulta relevante acercarse a las formas en las que se exhibe esta identidad colectiva compartida, en este caso la femenina, mediante las misivas. Representaciones que las mujeres plasmaron en sus textos, a veces de una forma expresa, otras más sutil, pero con las que deslizaron concepciones, creencias y valores que transmitieron de variadas maneras. Especialmente importantes en casos como el de las mujeres migrantes, señaladas y cuestionadas como se verá a continuación, por legisladores, por medios de comunicación o por las mismas comunidades afectadas por los desplazamientos de población. Diferentes colectivos para quienes la identidad de la mujer migrante podía romper con los roles específicos que tradicionalmente se le habían impuesto, incluso llegando a apropiarse de modelos masculinos.

<sup>39</sup> Carta de Luisa [apellido desconocido], esposa de Ramón Rodríguez (San Lorenzo, Argentina) a su suegro Pedro Rodríguez Suárez (Barcia, Valdés), 29 de abril de 1915, MPA, Familia Rodríguez (Barcia), A11/116-1.

<sup>40</sup> Chartier, 1997, *op. cit.*, p. 124.

<sup>41</sup> Chartier, 1992, *op. cit.*, p. 57.

<sup>42</sup> Chartier, 2013, p. 43.

La circulación de imágenes y representaciones se produjo en un contexto social, cultural y de valores que envolvió a los migrantes de este período en general y, particularmente, a las mujeres. La decisión de emigrar solía ser una estrategia consensuada en la que participaban los integrantes del núcleo familiar, con especial peso de la opinión del cabeza de familia. Y, si bien, parte de las que emigraron encontraron en esta experiencia cierta emancipación, con frecuencia se mantuvieron vinculadas a los círculos de sociabilidad generados por sus comunidades de origen y, así, quedaron sometidas a los mismos mecanismos de control y las restricciones laborales o relacionales que vivían en sus localidades natales<sup>43</sup>. La aprobación de los padres para partir no solo era necesaria por una convención social, sino que la legislación imponía restricciones al respecto como recogió la Ley de emigración de 1907. Existía para los y las menores de edad<sup>44</sup>, y en el caso de las mujeres no escapaban a ciertas limitaciones, especialmente si estaban casadas, dado que tenían que contar con la autorización de sus maridos, tanto si estos residían en España como si ya estaban emigrados, para lo que podían recurrir a las “cartas de llamada” que ellos les remitiesen.

La ley recogía con claridad la libertad de todos los españoles para emigrar, pero incurría en una serie de tópicos y lugares comunes en su consideración hacia los migrantes, máxime hacia las mujeres. Era un texto que, con tono protector, repetía una serie de tópicos y lugares comunes que describían al emigrante “como una persona crédula, entusiasta e incluso de limitada inteligencia, que debido a esta naturaleza era víctima potencial de los más variados abusos”<sup>45</sup>. Una consideración derivada de que el grueso de los migrantes provenía del mundo rural, donde los legisladores presuponían mayor desinformación, analfabetismo e incultura. La connotación peyorativa era mayor para ellas pues, al hecho de ser mujeres y por tanto “débiles”, se sumaba la condición de emigrantes, por lo que la marginación era doble y, el sumun del problema eran las emigrantes solteras, por lo que no era extraño que se intentase restringir su salida al suponer que serían engañadas y que, pensando que marchaban para servir, realmente acabarían en un prostíbulo<sup>46</sup>. Una asociación repetida bajo el presupuesto de que aquellas que se salían de la supervisión de su grupo familiar acababan desarrollando actitudes sexuales inapropiadas, en un proceso

<sup>43</sup> Rodríguez Galdo, 2008; Soutelo Vázquez, 2009, *op. cit.*

<sup>44</sup> Si viajaban solos debían contar con una autorización de sus padres o tutores y no podían estar sujetos a procesamiento o condena, en Risquez y Ordóñez, 1910, p. 18.

<sup>45</sup> Cañabate Pérez, 2014, p. 8.

<sup>46</sup> Cabronero, 1930, p. 45; cfr. Cañabate Pérez, 2014, *op. cit.*, pp. 9-10.

de pérdida de los valores morales asociados a las féminas<sup>47</sup>. En el caso de las mujeres casadas, las opiniones no solían ser tan duras a no ser que se salieran de los usos y costumbres esperados de ellas. Pero en el caso de las solteras, los juicios vertidos sobre ellas eran especialmente tendenciosos. De hecho, vigilar la moral de las emigrantes se convirtió en una preocupación por su debilidad, menor educación o características físicas<sup>48</sup>.

Quienes juzgaban con dureza a las que partían solteras, olvidaban que, por norma general, las jóvenes, al igual que ellos, daban el salto a América para asentarse con familiares o amigos, con los que incluso realizaban la travesía. Y ya en su nuevo destino, contaban con el apoyo de las redes que el colectivo migrante tejió por todo el continente, desde un nivel micro, la familia y los amigos más cercanos, hasta un plano más amplio, las redes conformadas por vecinos, paisanos, conocidos o simplemente otras y otros asturianos. Por ello, no era extraño que, en sus nuevos destinos, las mujeres fuesen sometidas a la misma supervisión que en sus localidades natales. No olvidemos que entraban en juego muchos intangibles fundamentales para las relaciones sociales, como eran la moral, unos determinados valores, el deber de acogerse a ciertas normas y evitar rumores o comportamientos que pusieran en entredicho el buen hacer o la buena educación de un grupo. Se valoraba la honra femenina, especialmente de las paisanas, por lo que se preferían los matrimonios entre naturales de la región, si bien es cierto que los jóvenes solteros no desdeñaban la compañía de las mujeres de los países en los que se asentaban, sobre todo si se trataba de relaciones informales.

Entre los y las emigradas se fomentaron las relaciones amistosas o sentimentales en espacios donde desarrollarse de acuerdo con las pautas establecidas y dentro de unas prácticas socialmente aceptadas, como bailes, salidas, comidas, romerías, conmemoraciones de días señalados, procesiones, grupos de música tradicional, etc. A pesar del respeto por parte de las mujeres a las normas sociales de la época, no faltaron las narraciones tópicas sobre las que marchaban a América y allí relajaban su comportamiento hasta poner en tela de juicio su nombre y el de los suyos<sup>49</sup>. El correcto comportamiento sexual y moral se exigía a las

<sup>47</sup> Referencia imprescindible para profundizar en los nexos entre migración y prostitución es la obra de Guy, 1994, en la que la autora analiza la situación en la capital argentina, donde muchas mujeres europeas entraron en el comercio sexual más bien impulsadas por la pobreza y la marginación que por trata de blancas.

<sup>48</sup> Moya, 2009, *op. cit.*, p. 102.

<sup>49</sup> Honor, castidad y buen comportamiento público fueron de la mano de las migrantes desde la Época Moderna. Véase Márquez Macías, 2014, donde reconstruye las prácticas de las emigradas en América y su adscripción a determinados códigos morales a través de las correspondencias

mujeres, mientras que ellos solo eran instados a elegir una buena paisana para casarse, lo que no les impedía “divertirse” con otras. Sin embargo, las cartas remitidas desde el continente americano presentan a mujeres que, en líneas generales, siguieron manteniendo pautas de comportamiento cercanas a las de su comunidad de origen. Ir a trabajar, realizar actividades fuera de casa y más aún asistir a eventos festivos como bailes, paseos, romerías o reuniones similares, requería que las mujeres fuesen acompañadas, para que no se dudase de su rectitud<sup>50</sup>.

Es difícil discernir hasta qué punto las narraciones enviadas por las migrantes a casa se ajustaban a lo que creían que sus seres queridos esperaban leer, máxime en relación con su comportamiento social y su adecuación a las normas no escritas de su comunidad. No obstante, esta prevención es común al conjunto de narraciones en la distancia, sabido que, no resultaba extraño, suavizar las dificultades, omitir datos que podrían ser causa de disgusto o discusión, especialmente con algunos interlocutores, como los padres. A pesar de ello, otros textos se abren a sus remitentes de una forma más franca, máxime cuando se contaba con la confianza entre iguales, como ocurría en las relaciones de amistad o de pareja, sin olvidar que nos encontramos siempre ante correspondencias privadas y, por tanto, confiadas a una esfera íntima y de más confianza. Así hizo “Nena” en las líneas que dirigió a su amado José González. Ambos estaban emigrados en La Habana, donde establecieron una relación afectiva, aunque Nena descubrió que José se embarcaba rumbo a España y, después de muchas dudas, se decidió a escribirle para rogarle que no se marchara sin una demostración de cariño hacia ella, pero le hacía saber que necesitaba de su discreción: “perdóname la franqueza Pepe, pero quisiera suplicarte que te despidiera de mí, tú eres bueno, cariñoso, dulce y atento, concédeme un día antes que te vayas [...]. Quiero que seas reservado y de esto no le digas nada a nadie, espero que me conteste y no me prives de lo que tanto anhelo [...]”<sup>51</sup>. Ante el temor, la duda o el miedo a perder al amado, la carta se convierte en desahogo<sup>52</sup>, para convencer al otro de que le conceda lo que desea. Y una misiva

privadas que se conservaron junto a las licencias de embarque en el Archivo General de Indias (Sevilla).

<sup>50</sup> Estos aspectos también son apreciados en las misivas que analiza Márquez Macías, 2011, p. 173.

<sup>51</sup> Carta de “Nena” (La Habana, Cuba) a su amigo/novio José González (La Habana, Cuba), 1928, MPA, Familia González Mana, s.s.

<sup>52</sup> Batticuore, 2015, p. 70.



o cualquier otra señal de acercamiento, acabaría con la angustia o la sensación de abandono que ocasionaba el silencio del interlocutor<sup>53</sup>.

Una preocupación por mantener una cierta imagen de sí mismas que incluso llevó a algunas de ellas a emplear lenguaje cifrado, que transporta a las cartas a un nivel de intimidad superior, con el que sortear el rigor moral o religioso. Textos que a nuestros ojos contemporáneos resultan incluso inocentes, podían ser enjuiciados, por lo que se dificultaba la lectura de algunos fragmentos limitados al destinatario conocedor de las claves para descodificarlo. Es el caso de la joven Antonia Abrahantes, emigrada en Cuba. Al principio de los años 20, estableció una relación sentimental con otro emigrante asturiano, Alfredo Rodríguez. Vivían en localidades distintas, por lo que se encontraban los fines de semana para ir al baile o dar un paseo, momentos en los que verbalizaban sus promesas de amor. Cuando no podían estar juntos, se escribían cartas de cuyo intercambio solo se han conservado las cartas de Antonia a Alfredo. En ellas, la joven expresa sus sentimientos con recato, aunque es claro el deseo de encontrarse con su amado y recibir noticias de él. Es comedida con lo que deja por escrito y apela a hablar cara a cara ciertos temas que siente la pondrían en entredicho. A pesar de los sobreentendidos a los que los lectores no invitados no accedemos plenamente, algunos de sus escritos dejan ver las prevenciones que la joven tenía para no ser puesta en entredicho. En una misiva a Alfredo en noviembre de 1923, le remite a una conversación que habían mantenido el domingo anterior en la que parece su amado le había pedido una fotografía. Antonia, dudaba sobre qué hacer, pues, aunque quería “dárselo”, no estaba segura de que fuese correcto y necesitaba saber que él, en caso de que lo hiciese, le guardaría el secreto:

[...] así como tú quieres tenerlo de recuerdo mío, yo que lo tenga, no con otro objeto de que me conserves el secreto en lo más recóndito que darse puede en la naturaleza humana, mientras que por correo está muy fácil de poderse enterar otra persona. Y esto, como tú comprendes, s48 p191 73 d2 37p49t18c31, pu2s si otra p29s481 s2 28t291 62 d191 d3st38t4 c191ct29 16 que d2 73 p191 t3 t3282 3 16 7284s, c48 s29 58 p4c4 38d3sc92t4, t3282 p191 d3sp4829 de mi d3g83d1d;<sup>54</sup> ¿no es verdad?<sup>55</sup>.

<sup>53</sup> Barthes, 2011, p. 208.

<sup>54</sup> Son para mí de importancia, pues si otra persona se entera le dará distinto carácter al que de mí para ti tiene i al menos, con ser un poco indiscreto, tiene para disponer de mi dignidad.

<sup>55</sup> Carta de Antonia M. Abrahantes (Colonia La Florida, Cuba) a su novio Alfredo Rodríguez (Cuba), 20 de noviembre de 1923, MPA, Familia Rodríguez (Inclán), s.s.

El mero hecho de que alguien no invitado a este intercambio fuese conocedor de la entrega del retrato, era sentido por Antonia como una agresión a su imagen, que podía poner en tela de juicio su rectitud moral, temerosa, seguramente, de que esa idea se extendiera por su círculo social y familiar, marcado por un fuerte componente endogámico. Todo ello refleja una retórica de la honra que marcó en cierta medida los escritos de estas mujeres, que debían presentarse tal y como se esperaba de ellas.

En estrecha relación con esta concepción de la sociedad y del entorno en el que se movieron buena parte de las migrantes, emerge un último aspecto: las representaciones, reconstrucciones e imaginarios que pervivieron en las migrantes y que las mantuvieron, en cierto modo, ancladas a la sociedad que habían dejado atrás y que no olvidaron. En este sentido, una de las cuestiones que aflora es su necesidad de visitar el mundo del que partieron, sobre todo en ciertas fechas: fiestas patronales, romerías, procesiones propias de sus pueblos o cualquier otro momento de sociabilidad con el que evocar lo vivido y dejado atrás. Sin duda, esa reconstrucción de los momentos señalados era una forma de hacer ver a sus interlocutores que se les recordaba, que se les tenía presentes y se conservaban patrones de conducta aprendidos y repetidos en su tierra natal, por lo que, a pesar de la distancia, no se rompía con el pasado, sobrevivían los usos que consolidaban los rasgos de una identidad común.

Con todo, las cartas a casa no solo conectaban a las emigradas con lo dejado atrás, sino que también eran elementos fundamentales con los que transmitir las novedades, las diferencias, las vivencias... todo un capital relacional sobre el que se apoyaban y que se activaba mediante las misivas. En ocasiones, las mujeres también encontraron en el camino a América una forma de emancipación. La posible independencia económica y el acercamiento a nuevas realidades sociales y culturales incidieron en los comportamientos de algunas de las migrantes que conquistaron espacios de autonomía profesional o personal. Fueron abriendo sus círculos sociales, adoptaron hábitos que en un primer momento les pudieron resultar llamativos, por ejemplo, en relación con los usos sociales, la comida o la vestimenta. Abundaron los relatos sobre distintas formas de vida, costumbres o la manera de pasar las fechas señaladas, cómo eran los festejos en los países en los que se habían instalado o las costumbres que observaban con respecto al mundo que hasta pasar a América conocían, así como los ritos de paso que se seguían sucediendo, bautizos, bodas y entierros, que congregaban a los emigrados para compartir momentos importantes en sus vidas. A quienes estaban lejos se les narraba lo acontecido, a modo de registro continuo de lo vivido. Se intentaba detallar todo lo que se estaba conociendo y experimentando de forma que quienes habían quedado atrás se sintieran parte de la realidad que se estaba configurando en territorio americano, como el siguiente relato de las diferentes tradiciones

navideñas y la celebración de una boda de una conocida. Escribió Isabel desde Tuxtepec (México):

Sabrás que acá las fiestas de Navidad están muy alegres, pues todas las noches hay posadas, nosotras emos ido algunas, también tu sobrino a ido y a bailado y esta noche bamos al casamiento de Leopoldina Prats, una nieta de Don Víctor Ahuja que se casa a las 10 de la noche por lo civil y mañana bamos a la posada del casino y dicen que ba estar muy bonita, porque mañana ban los padrinos del niño Dios, después tú me contarás que tal estuvo Navidad en esa<sup>56</sup>.

A cambio de las novedades se pedían noticias de las localidades natales, lo que facilitaba a las ausentes estar al tanto de las vidas de los suyos y, de alguna manera, las cartas mantenían fresca la imagen de los lugares, los paisajes, las personas. Reforzaban la vinculación con la comunidad de origen para no perder la identidad que les había definido durante años y que, con su marcha, se llegaba a desdibujar. De algún modo, las misivas, en tanto que representación de una sociedad, una cultura, una forma de entender el mundo, no solo fueron un vehículo de comunicación al uso, sino que fueron herramientas para la transmisión de valores, usos y emociones, hábitos y comportamientos, perviviendo a través de ellas una parte esencial de la memoria de las migrantes y sus familias, unas raíces culturales, unas bases identitarias, compartidas a pesar de la separación física.

### *Conclusión*

Tus cartas son un vino  
que me trastorna y son  
el único alimento  
para mi corazón.

Desde que estoy ausente  
no sé sino soñar,  
igual que el mar tu cuerpo,  
amargo igual que el mar.

Tus cartas apaciento  
metido en un rincón

<sup>56</sup> Carta de Isabel [apellido desconocido] (Tuxtepec, México) a su prima Ángeles Albuérne (Cudillero, Asturias), 23 de diciembre de 1927, MPA, Familia Albuérne, s.s.

y por redil y hierba  
les doy mi corazón [...] <sup>57</sup>.

A pesar de ser un lugar común en la retórica epistolar, bien es cierto que, a lo largo de los siglos, las misivas han sido alimento de ausencias, calma de inquietudes, trastorno o apaciento, como describió a la perfección Miguel Hernández. Especialmente cuando esa separación se sabía larga, como le ocurrió al poeta oriolano o a las mujeres atendidas en este trabajo. Las correspondencias fueron, efectivamente, instrumentos fundamentales para las vidas de estas familias plurilocalizadas, gracias a las que se sobrellevó la distancia y ayudaron a quienes se habían disgregado del grupo a seguir unidos a la identidad comunitaria de la que se escindieron, quedando unidos a su mundo pasado. Tanto como vías de “representación de una ausencia” como de “exhibición de la propia presencia”, las cartas migrantes actuaron como instrumentos privilegiados con los que las cohabitaron identidades y fidelidades que necesitaron imperiosamente de la comunicación epistolar para sobrevivir. Cartas producidas y recibidas por quienes se separaron durante largos períodos de tiempo y que, sin esta circunstancia, no habrían nacido, pues muchos de los autores y autoras de estas cartas, nunca se hubieran acercado al papel y la pluma de no haber irrumpido la emigración en sus vidas.

A ambos lados del océano, las cartas fueron objeto de espera y veneración, símbolo de los ausentes, representaron mucho más que un papel sobre el que se escribieron unas líneas. Las misivas, hológrafas, escritas frecuentemente con esfuerzo, invirtiendo tiempo y recursos, supusieron el elemento por excelencia tanto para reencontrarse con el otro como para exhibir la propia presencia. Así, las correspondencias circuladas sirvieron para mantener unidos a quienes estaban separados, gracias a las múltiples significaciones que escribir o recibir una carta tuvo.

Esta circunstancia se acentúa en el caso de las mujeres tocadas por la experiencia migratoria. *A priori*, muchas de ellas, procedentes de estratos sociales medios y bajos, y en un momento en el que el analfabetismo femenino todavía estaba muy presente, nunca se habrían acercado a la palabra escrita. Pero la emigración dinamitó sus vidas en muchos sentidos y, entre ellos, en su relación con la escritura. Las mujeres encontraron en las cartas la forma de seguir en contacto con los suyos, pero, además, las emplearon a otros niveles al entender el peso de la escritura como mediadora de la representación social. La noción de representación asumió una dimensión más amplia, entendida como

<sup>57</sup> Hernández, 1999, p. 114.

la forma en la que se presentaban ante los demás, cómo querían ser vistas y reconocidas, por la que es posible atender al conjunto de formas por las que los grupos, en este caso las mujeres migrantes, propusieron una imagen de sí. Esta se insertó en un contexto social determinado, en relación con los otros, y el éxito o la eficacia de la representación radicó precisamente en la percepción de los destinatarios, de los otros, de los mecanismos persuasivos puestos en juego<sup>58</sup>.

A pesar de que puede parecer que en gran medida el mundo representado por las emigrantes era un mundo esclerótico, lo cierto es que el devenir de los años y la integración en las sociedades de acogida facilitó la convergencia de las antiguas y las nuevas identidades. De alguna forma, el capital trasladado a las localidades americanas en las que se instalaron penetró en estas hasta conformar, posteriormente, parte de su propia naturaleza. Pero, además, ellas fueron adquiriendo usos, costumbres, miradas, una nueva concepción vital que, a modo de sutiles filtraciones, fue transformando su identidad, muchas veces sin apenas ser conscientes. Y todo ello fue devuelto a sus comunidades de origen mediante las misivas que, incesantemente, viajaron desde América con otras formas de entender la realidad, representación de los cambios que estaban operando en ellas. Mediante cartas que facilitaron que se forjasen lazos, se cohesionaran las familias, transitaran comportamientos y valores, se intercambiaran representaciones que les hacía reconocerse y se siguieran sintiendo parte de una misma comunidad. Sus misivas reflejan en qué valores fueron educadas y cómo se apropiaron de ellos para adaptarlos cuando fue necesario. Ajenas por completo a la lectura pública que hoy en día hacemos de sus textos, estas corresponsales fueron muy generosas y dejaron parte de sí mismas en cada una de las cartas que escribieron, de forma que se abren ante nosotras otras historias, otros caminos por transitar, para conocer a las mujeres emigrantes a partir de las palabras que ellas mismas dejaron sobre el papel.

### *Bibliografía y fuentes*

#### FUENTES

Carta de Luisa [apellido desconocido], esposa de Ramón Rodríguez (San Lorenzo, Argentina) a su suegro Pedro Rodríguez Suárez (Barcia, Valdés), 29 de abril de 1915, MPA, Familia Rodríguez (Barcia), A11/116-1.

<sup>58</sup> Gastón Sánchez, 2014, p. 235.

- Carta de María García Dosal (Calabrez, Ribadesella, Asturias) a su hijo José Martínez García (La Habana, Cuba), 16 de diciembre de 1920, MPA, Familia Martínez González (Calabrez), s.s.
- Carta de Ángela Suárez (Cancienes, Corvera de Asturias) a su amigo Manuel Suárez Roza (La Habana, Cuba), 19 de febrero de 1921, MPA, Familia Suárez Roza, A1/26-1.
- Carta de Piedad Alonso (Cancienes, Corvera de Asturias) a su primo Manuel Suárez Roza (La Habana, Cuba), 18 de julio de 1921, MPA, Familia Suárez Roza, A1/28.
- Carta de Antonia M. Abrahantes (Colonia La Florida, Cuba) a su novio Alfredo Rodríguez (Cuba), 20 de noviembre de 1923, MPA, Familia Rodríguez (Inclán), s.s.
- Carta de Laureana Rodríguez (Coyoacán, México) a su hermano Avelino Rodríguez (Barcia, Valdés), 27 de mayo de 1925, MPA, Familia Rodríguez (Barcia), A11/7-9.
- Carta de Antonia M. de Albuerno (Tuxtepec, México) a su cuñada Ángeles Albuerno (Cudillero, Asturias), 29 de septiembre de 1927, MPA, Familia Albuerno, s.s.
- Carta de Isabel [apellido desconocido] (Tuxtepec, México) a su prima Ángeles Albuerno (Cudillero, Asturias), 23 de diciembre de 1927, MPA, Familia Albuerno, s.s.
- Carta de “Nena” (La Habana, Cuba) a su amigo/novio José González (La Habana, Cuba), 1928, MPA, Familia González Mana, s.s.
- Carta de Anita García (Santiago de Cuba, Cuba) a sus padres Aurelia González y Emilio García (San Cristóbal, Avilés, Asturias), 7 de diciembre de 1931, MPA, Familia González García (San Cristóbal), s.s.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALTED, ALICIA, “España, de país emigrante a país de inmigración”, en Alicia Alted y Almudena Asenjo (dirs.), *De la España que emigra a la España que acoge, Catálogo de la Exposición*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, Obra Social de Caja Duero, 2006, pp. 30-57.
- ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, RAFAEL, “Emigrantes del Norte de España a América”, en Moisés Llordén Miñambres y José Manuel Prieto Fernández del Viso (coords.), *El asociacionismo y la promoción escolar de los emigrantes del Norte Peninsular a América*, Boal, Ayuntamiento de Boal, 2012, pp. 15-33.
- BARTHES, ROLAND, *Fragments de un discurso amoroso*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2011.
- BATTICUORE, GRACIELA, “La lectora de cartas. Imaginarios y prácticas en la Argentina del siglo XX”, *Zama. Revista del Instituto de Literatura Hispanoamericana*, vol. 7, n.º 7, 2015, pp. 67-86.
- CABRONERO, JOAQUÍN, *Memoria del viaje realizado a Cuba por el Inspector Cabronero a bordo del vapor Orcota y regreso en el Orbita*, Madrid, Texto inédito mecanografiado, 1930.
- CAÑABATE PÉREZ, JOSEP, “La Ley de emigración de 1907. Un ejemplo de intervencionismo científico”, *IUSLabor*, n.º 2, Barcelona, 2014, pp. 1-11.
- CASTILLO GÓMEZ, ANTONIO, “Del tratado a la práctica. La escritura epistolar en los siglos XVI y XVII”, en Carlos Sáez y Antonio Castillo Gómez (eds.), *La correspondencia*

- en la historia. Modelos y prácticas de la escritura epistolar. Actas del VI Congreso internacional de Historia de la Cultura Escrita*, vol. I, Madrid, Calambur, 2002, pp. 79-107.
- CASTILLO GÓMEZ, ANTONIO, “‘El mejor retrato de cada uno’. La materialidad de la escritura epistolar en la sociedad hispana de los siglos XVI y XVII”, *Hispania*, vol. 65, n.º 221, Madrid, 2005, pp. 847-875.
- CHARTIER, ROGER, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- CHARTIER, ROGER, “Poderes y límites de la representación. Marin, el discurso y la imagen”, en Roger Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996, pp. 73-99.
- CHARTIER, ROGER, *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones*, Barcelona, Gedisa, 1997.
- CHARTIER, ROGER, “La pluma, el papel y la voz. Entre crítica textual e historia cultural”, en Francisco Rico (dir.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2000, pp. 243-257.
- CHARTIER, ROGER, “El sentido de la representación”, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, n.º 42, Valencia, 2013, pp. 39-51.
- EIRAS ROEL, ANTONIO, “La emigración gallega a América en los siglos XIX y XX. Nueva panorámica revisada”, en Antonio Eiras Roel (coord.), *Aportaciones al estudio de la emigración gallega: un enfoque comarcal*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, Secretaría Xeral de Relacións coas Comunidades Galegas, 1993, pp. 185-215.
- El arte de escribir cartas*, Madrid, José Yagües Sanz, 1917.
- GARCÍA GALÁN, SONIA, “‘Mujeres solteras... ¡No emigréis!’ Visiones feministas de la emigración de mujeres asturianas a América, 1900-1931”, en María José Chivite de León, María Beatriz Hernández Pérez y María Eugenia Monzón Perdomo (coords.), *Frontera y género: en los límites de la multidisciplinariedad*, Madrid, Plaza y Valdés, 2011, pp. 187-200.
- GASTÓN SÁNCHEZ, EMILIANO, “Reflexiones en torno al concepto de representación y su uso en la historia cultural”, *Question*, vol. 1, n.º 42, La Plata, 2014, pp. 228-241.
- GÓMEZ GÓMEZ, PEDRO, *La emigración a América y otras emigraciones (Llanes 1830-1950)*, Llanes, El Oriente de Asturias, 2000.
- GUILLÉN, CLAUDIO, “La escritura feliz: literatura y epistolaridad”, en Claudio Guillén, *Múltiples moradas: ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets, 1998, pp. 177-233.
- GUY, DONNA J., *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1994.
- HERNÁNDEZ, MIGUEL, “Tus cartas son un vino”, en Miguel Hernández (edición de José Luis Puerto), *Antología poética*, Madrid, Editorial Edaf, 1999.

- MALARY, CLAUDE-RHÉAL, “Mujer e inmigración: la subalterna del subalterno”, en Barbara Zecchi y Jacqueline Cruz (coords.), *La mujer en la España actual: ¿evolución o involución?*, Barcelona, Icaria, 2004, pp. 175-196.
- MÁRQUEZ MACÍAS, ROSARIO, “Cartas de mujeres emigrantes: nostalgias y recuerdos (siglos XVIII-XIX)”, en María José Chivite de León, María Beatriz Hernández Pérez y María Eugenia Monzón Perdomo (coords.), *Frontera y género: en los límites de la multidisciplinariedad*, Madrid, Plaza y Valdés, 2011, pp. 171-186.
- MÁRQUEZ MACÍAS, ROSARIO, “La visualización del honor: vestir conforme al estado”, en María Luisa Candau Chacón (ed.), *Las mujeres y el honor en la Europa Moderna*, Huelva, Universidad de Huelva, 2014, pp. 319-333.
- MARTÍNEZ MARTÍN, LAURA, “Escribir en cadena. Solidaridad y control en las cartas de los emigrantes”, en Antonio Castillo Gómez y Verónica Sierra Blas (dirs.), *Cartas - Lettres - Lettere. Discursos, prácticas y representaciones epistolares (siglos XIV-XX)*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2014, pp. 445-464.
- MARTÍNEZ MARTÍN, LAURA, “Shared letters: writing and reading practices in the correspondence of migrant families in northern Spain”, *The History of the Family*, vol. 21, n.º 3, Londres, 2016, pp. 429-456.
- MARTÍNEZ MARTÍN, LAURA, *Voces de la ausencia. Las cartas privadas de los emigrantes asturianos a América (1856-1936)*, Gijón, Trea, 2019.
- MOLINARI, AUGUSTA, “Porti, trasporti, compagnie”, en Piero Bevilacqua, Andreina de Clementi y Emilio Franzina (dirs.), *Storia dell’emigrazione italiana*, vol. I, Roma, Donzelli Editore, 2001, pp. 237-255.
- MOYA, JOSÉ C., “Mujer, moral y trabajo en la emigración española a la Argentina” en Amancio Liñares Giraut (coord.), *El protagonismo de las mujeres en las corrientes migratorias españolas*, Vigo, Grupo España Exterior, 2009, pp. 101-122.
- RISQUEZ ALFONZO, JESÚS MARÍA Y MELCHOR ORDOÑEZ, *Cartilla del emigrante*, Madrid, Imprenta de los hijos de M. G. Hernández, 1910.
- RODRÍGUEZ GALDO, MARÍA JOSÉ, “Xénero e emigracións. Unha lectura dende a historia de mobilidade da poboación en Galicia”, en Xosé Manuel Cid Fernández, Xoan Carlos Domínguez Alberte y Raúl Soutelo Vázquez (coords.), *Migracións na Galicia contemporánea. Desafíos para a sociedade actual*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco, 2008, pp. 193-210.
- RODRÍGUEZ GALDO, MARÍA XOSÉ, “Lugar y presencia de las mujeres españolas en la emigración exterior”, en Amancio Liñares Giraut (coord.), *El protagonismo de las mujeres en las corrientes migratorias españolas*, Vigo, Grupo España Exterior, 2009, pp. 17-38.
- SIERRA BLAS, VERÓNICA, *Aprender a escribir cartas. Los manuales epistolares en la España contemporánea (1927-1945)*, Gijón, Trea, 2003.
- SIERRA BLAS, VERÓNICA, *Letras huérfanas. Cultura escrita y exilio infantil en la guerra civil española*, tesis doctoral, Madrid, Universidad de Alcalá, 2008.
- SIERRA BLAS, VERÓNICA, *Palabras huérfanas. Los niños y la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 2009.



- SIERRA BLAS, VERÓNICA, “Cartas para todos. Discursos, prácticas y representaciones de la escritura epistolar en la Época Contemporánea”, en Antonio Castillo Gómez (ed.), *Culturas del escrito. Del Renacimiento a la contemporaneidad*, Madrid, Colección de la Casa de Velázquez, 147, 2015, pp. 99-119.
- SOUTELO Vázquez, Raúl, “El protagonismo de las mujeres en las redes migratorias familiares”, en Amancio Liñares Giraut (coord.), *El protagonismo de las mujeres en las corrientes migratorias españolas*, Vigo, Grupo España Exterior, 2009, pp. 207-230.
- VILANOVA RIBAS, MERCEDES Y XAVIER MORENO JULIÁ, *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia (CIDE), 1992.

